

Original

Análisis de tres modelos teóricos en el trabajo con varones que ejercen violencia hacia la pareja

MARIANO ACCIARDI

MARIANO ACCIARDI
Licenciado en Psicología.
Dirección de Derechos
Humanos, Género y Diversidad,
Municipalidad de Campana,
Belén de Escobar,
Buenos Aires, R. Argentina.

FECHA DE RECEPCIÓN: 22/03/2022
FECHA DE ACEPTACIÓN: 17/06/2022

Objetivos: presentar aproximaciones para el diseño de estrategias de intervención en la praxis clínica; exponer de diferentes modelos y la intersección entre los mismos como instrumento de intervención; especificar el valor del feminismo en la comprensión de la problemática. **Materiales y métodos:** análisis de dinámicas grupales realizadas por 20 personas autopercebidas varones durante 3 años; entrevistas semi-estructuradas de admisión y monitoreo a las parejas; análisis cualitativo de la bibliografía desde una perspectiva de género. Los modelos presentados abordan la complejidad distanciándose de visiones reduccionistas que hacen de la agresión y la violencia características «masculinas» supuestamente ligada a una biología esencial del sexo. **Resultados:** la intersección de los modelos presentados y su articulación con los feminismos críticos facilitan el diseño de estrategias no reduccionistas de intervención efectiva en los dispositivos de varones, ya que los condicionantes y legitimaciones de la violencia a «destejer» provienen de la socialización de género. **Discusión y conclusiones:** la articulación entre modelos teóricos-prácticos posibilita la creación y revisión de instrumentos para la intervención con varones, favorables para la disminución de la violencia y protección de las sobrevivientes.

Palabras clave: Violencia misógina – Violencia doméstica – Dispositivos psicosocioeducativos – Tratamiento para agresores.

Analysis of Three Theoretical Models in the Work with Men Who Exercise Violence Towards the Couple

Objective: to present approaches for the design of intervention strategies in clinical praxis; to expose different models and the intersection between them as an intervention instrument; to specify the value of feminism in understanding the problem. **Materials and methods:** analysis of group dynamics of 20 self-perceived male people for 3 years; semi-structured admissions interviews and monitoring of couples. Bibliographic research and qualitative analysis from a gender perspective. The models presented address complexity by distancing themselves from reductionist visions that make aggression and violence “masculine” characteristics of a supposedly linked to an essential biology of sex. **Results:** the intersection of the models presented and their articulation with critical feminisms facilitate the design of non-reductionist strategies for effective intervention in male devices, since the conditioning factors and legitimations of violence to be “unraveled” come from gender socialization. **Discussion and conclusions:** the articulation between theoretical-practical models enables the creation and review of instruments for intervention with men that aim at favorable changes for the reduction of violence and protection of survivors.

Keywords: Misogynistic Violence – Domestic Violence – Psycho-Educational Devices – Treatment of Aggressors.

CORRESPONDENCIA
Lic. Mariano Acciardi.
Jean Mermoz 3072,
Belén de Escobar, B1625JQH,
Prov. de Buenos Aires,
R. Argentina;
mariano@acciardi.com.ar

Introducción

El presente trabajo presenta tres modelos teóricos utilizados para el abordaje de la violencia de género cuya intersección permite definir estrategias de intervención. Estos modelos son: 1) El ecológico de Bronfenbrenner [7]; 2) El ciclo de la violencia de Walker [36];¹ y 3) el perfil del golpeador de Dutton [14]. Se denomina *intersección* al uso combinado de dichos modelos para comprender la multicausalidad y diseñar intervenciones. Como *modelo teórico* se entiende a una herramienta representacional para comprender una porción de realidad de modo dinámico, con el propósito de diseñar la intervención sobre ciertos aspectos de ella [22]. Los modelos situados consideran la problemática desde una perspectiva compleja [19] que requiere marcos interdisciplinarios diversos, tanto los que aporta la psicología y la psicología social, como los desarrollos teóricos de los feminismos no esencialistas,² para propiciar una comprensión de las múltiples determinaciones, psicológicas, sociales y culturales de la violencia y proponer abordajes transdisciplinarios.

Un abordaje adecuado debe evitar simultáneamente las falacias del relativismo, el esencialismo, la totalización, y la pretensión de universalidad, dado que la problemática de la violencia de género requiere la utilización de modelos no reduccionistas, basados en la complejidad [2], los sistemas dinámicos [34] y los paradigmas cibernéticos de posguerra [24]. Un modelo que no reúne estas condiciones es el de la biopolítica,³ ya que reproduce la fragmentación disciplinar de la modernidad, fomentando una visión

parcial que consolida la violencia. Una larga herencia romántica organicista del s. XIX pervive en las disciplinas científicas biopolíticas, conduciendo a atolladeros; contribuyendo al mantenimiento del *statu quo* de las asimetrías de poder consustanciales al género.

En el presente trabajo se tomará como base para la reflexión la experiencia realizada durante tres años en dispositivos de trabajo con hombres que ejercen violencia de género en la provincia de Buenos Aires, relacionándolos con aspectos teóricos que propician cambios subjetivos positivos o, por el contrario, dificultan u obstaculizan las intervenciones.

Desmontar las *performances* de género, destejérlas es fundamental para subvertir las relaciones de mando y control. Se identifica como «*performances* de género» a iteraciones significantes, rituales repetitivos a lo largo del tiempo. Estos modos de pensar, actuar, someter y dominar (como actitudes y pensamientos propios de la identificación de género masculina) son instituidos por la tradición, las disciplinas científicas, la cultura, la arquitectura, la sociedad y las instituciones [31].

El modelo ecológico es transversal al análisis. Evaluar las interacciones entre sus diferentes niveles enriquece la comprensión de las determinaciones de la violencia y permite delinear estrategias precisas de intervención.

Biopolítica, género, poder

La biopolítica legítima de modo disciplinario la asimetría de poder, base de la problemática de la violencia misógina. Bourdieu denomina «violencia simbólica» a los mecanismos que transforman la historia en naturaleza y la arbitrariedad cultural en natural [6]. Se considera «violencia misógina» a un sistema que articula el poder con condiciones psicodinámicas, socialización de género y fragmentación disciplinaria. Sobrestimar el rol de una disciplina es una respuesta patriarcal [8];

¹ Se toman las importantes reformulaciones operadas por Heise [25] y Carrasco [9] del modelo ecológico y ciclo de la violencia respectivamente.

² Han sido tomados como aportes para este trabajo desarrollo de los feminismos de *Abya-Yala* [12,23,26,27], *queer* [13,31,32] y *cyborg* [24].

³ Término acuñado por M. Foucault para referirse al modo de tratar a la población como conjunto de «seres vivientes» que presentan rasgos biológicos y particulares que necesitan disciplinas específicas para su abordaje [17].

frente a ello es imprescindible disolver las barreras disciplinarias para constituir un marco de trabajo e intercambio con vistas a un real abordaje transdisciplinario.

Para ejemplificar de qué manera las disciplinas pueden reforzar el rol patriarcal, resulta muy interesante la descripción, hecha por una colega psicoanalista, de una situación de violencia de género: *Lo que pasa es que ella [la víctima], con las cosas que le dice lo pone siempre en situación de impotencia y bueno, él responde con violencia*. Expresiones como esta, validadas por una disciplina como el psicoanálisis, legitiman la violencia como reacción natural y pueden orientar al profesional hacia intervenciones que la consolidan: intervenir sobre la mujer maltratada para que evite poner en situación de impotencia al maltratador; que sea ella quien mida lo que dice, o sea oprimir más a la parte oprimida, reproducir el control y el dominio, a expensas del saber/poder disciplinario. Las intervenciones reproducen la lógica del ciclo de la violencia propia de la fase de «externalización de la culpa» [9], que a implica retomar el poder por parte del varón a partir de transferir la culpa hacia la pareja y hacerla responsable de todas las desgracias que están viviendo.

Lo anterior no implica negar que lo que se pone en juego en un evento violento se debe *al lugar de impotencia en el que queda cristalizado el varón* sea una descripción adecuada de la situación, sin embargo no la explica, da escasos elementos para intervenir y naturaliza lo que intenta combatir. La pregunta que cabe, desde una perspectiva ecológica, es por qué un varón ubicado en situación de impotencia se ve conminado a responder mediante un pasaje al acto; la respuesta es que esta conducta tiene su base en la socialización de género que asocia la masculinidad al poder, a la potencia, que hace insostenible para muchos varones la «impotencia». De hecho, la «omnipotencia» con que inviste el patriarcado al varón, opera como una fuerte resistencia para el ingreso y la permanencia del varón en los dispositivos [33].

Argumentos similares al mencionado anteriormente, surgen en los grupos como legitimación de la violencia: *lo que pasa es que ella lo provoca; yo le dije que no me provoque, pero no entiende...; te pido por favor, no hagas que te tenga que pegar...; ves que me estás provocando...; ¿vos querés que te pegue no?...; ya se lo dije, pero no reacciona, parece que le gusta...*. Incluso se forma a los profesionales con afirmaciones como: *...el masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino*. [18].

Los privilegios masculinos tienen ventajas en términos de dominación y poder, pero también son consustanciales a una exigencia desmedida para una persona auto-percibida como varón.

En línea con lo anterior, la socialización de género forma al varón como el único y principal responsable del mantenimiento de la familia; como aquel que siempre debe tener éxito; como aquel que siempre debe «poder», como aquel que debe «dominar» a cualquier costo, y como aquel para quien el fracaso es muy difícil de remontar. Esta exigencia es frecuentemente sufrida pero no explicitada debido a la naturalización [6] acerca de cómo «se es varón».

Los mandatos confrontan la experiencia emocional del autopercebido varón con su violencia: ama a quienes lastima. Se trata de un amor sitiado por las condiciones de control que impone. El sujeto es sólo parcialmente consciente de los privilegios de que goza y de la violencia que ejerce. Una escisión entre lo que siente y vive, entre lo que piensa y lo que hace en el ejercicio de la violencia, tiene un impacto desarticulador de las relaciones, destruye los afectos y los vínculos solidarios y sanos [20].

La epistemología de la diferencia sexual desde una perspectiva crítica feminista

Haraway plantea que son los mismos supuestos machistas, modernistas y de clase dominante los que se ponen en juego en la

visión supuestamente «objetiva» de la disciplina denominada primatología,⁴ persistiendo allí la herencia organicista romántica de la biología del s. XIX, por la cual la naturaleza era considerada la materia prima de la historia en lugar de su resultado. La política feminista de la segunda ola fue elaborada con base en una mezcla de determinismo biológico, construccionismo social y biopolítica de las diferencias sexo/género, situados en los discursos de la identidad de los años 50 y 60 [24]. El constructo teórico de la modernidad/colonialidad pone en primer plano categorías como esta de *diferencia sexual* a la que es preciso interrogar a través de la crítica de la racionalidad, la desmitificación de una subjetividad unificada y la investigación de la complicidad entre conocimiento y poder [13].

El esencialismo del sexo en la legitimación de la violencia misógina

Los feminismos de la diferencia parten de un punto ciego: la epistemología incuestionada de la diferencia sexual, aunque despegando de ella la noción de género como construcción cultural. A nivel «macro», la distinción moderna entre naturaleza y cultura del paradigma constructivista de la identidad de género, formaba parte de una reformulación liberal, blanca y europea de la vida y las ciencias sociales, como reacción al racismo biológico de preguerra. Los aportes de los feminismos marxistas han llegado a criticar la simplificación de este dualismo, planteando una versión dialéctica de la historia y de la mediación de la naturaleza por el hombre a través del trabajo. Sin embargo no llegaron tan lejos como para interrogar la historia político-social de las categorías binarias del discurso colonialista occidental. No han cuestionado de qué manera los cuerpos sexualizados y racializados aparecen como objetos de conocimiento e intervención de la biología. Esta posición implica una tentación facilista, la de plantear los *cuerpos femeninos* como

ámbito de la *naturaleza*, como el polo salvador de las imposiciones del patriarcado, el imperialismo, el capitalismo, el racismo, la historia y el lenguaje. Esta adopción de la categoría moderna *naturaleza* es y ha sido un impedimento para teorizar la posición y funcionamiento de las mujeres como sujetos sociales [24], consolidando de esta manera el lugar de las «cuerpas» como excluidas del orden social y ubicadas en el ámbito de la naturaleza. Reservándoles así, desde s. XVIII, el lugar de la mujer en la crianza [5], consolidando una vez más la opresión del sistema de dominación de género de la modernidad/colonialidad. La utilidad táctica de la distinción sexo/género y de la esencialidad de la mujer en las luchas, permea formulaciones de teoría feminista al paradigma liberal y funcionalista que oprime a las mujeres.

El esencialismo respecto del varón también funciona como una máquina de legitimación de la violencia. En la formación profesional, la agresión y la violencia se estudian como constitutivas de la «naturaleza» del hombre. De acuerdo a esta «biología del sexo», los machos serían «naturalmente» más agresivos que las hembras, lo cual se aplica sin más a la especie humana. La perspectiva naturalista de la agresión, junto con la social del perpetrador/víctima motivan, bajo la excusa de la «naturalidad», la duda insistente acerca de si realmente en la experiencia llevada a cabo, es posible producir alguna modificación subjetiva que conduzca hacia la erradicación de las violencias masculinas; considerando más bien que operan una suerte de legitimación y consolidación de las violencias misóginas.

Afirmar el poder transformador de las teorías críticas acerca de cómo se producen los significados y los cuerpos, no implica negar la objetividad de los significados y los cuerpos; sino generar consciencia para vivir en significados y cuerpos que tengan posibilidades de transformación a través de un circuito de conexiones (cibernético), incluyendo la capacidad de

⁴ Se refiere al estudio científico de los primates, realizado desde perspectivas diversas como ser la antropología, la biología, la ecología, la psicología entre otras.

traducción entre comunidades, diferentes y diferenciadas [24]. En el trabajo con varones es preciso sentar las bases para el pasaje de una masculinidad *abstracta* a una *concreta* desde donde se pueda intervenir.

Masculinidad, compacto tejido a destejer progresivamente

La masculinidad se entiende como un proyecto político extractivista, que busca apropiarse de la capacidad de producción y reproducción de las sujetas/sujetos a quienes subordina [16]. Los feminismos descoloniales consideran al género como una construcción fundamental de la modernidad/colonialidad que, desde 1492 hasta la actualidad, ha asegurado una opresión, no sólo militar y económica, sino también epistémica de los pueblos y saberes ancestrales amerindios. La «colonialidad de género» opera una reducción activa de las personas, una deshumanización que las hace aptas para la clasificación y el proceso de sujetificación [26]. Las intervenciones hacia la abolición de la masculinidad como sistema de dominación retoman, al nivel «exo» y «macro» estos planteos, (entablando una crítica de la opresión de género racializada, colonial, capitalista, heterosexista), enfocan los resortes subjetivos e intersubjetivos de la agencia de las mujeres colonizadas como aprendizajes esenciales para el desarmado de la masculinidad como dispositivo de poder. Analizar la opresión de género racializada y capitalista es analizar la colonialidad del género [26]; por esto, para entender sobre qué resortes intervenir en esta máquina de construcción de subjetividades hay que considerar que la misma pone de un lado a violadores, explotadores, asesinos; mientras que del otro lado pone a sujetos pasibles de ser violados, explotados, matados, objetivados.

El nivel micro y mesosocial de este «tejido» de dominación patriarcal es el campo de intervención de los dispositivos de varones que ejercen violencia sobre las parejas (no excluye los niveles más externos).

La violencia de género, problemática de salud pública

El poder, la dominación, el sometimiento no solo matan, sino que también enferman. Los síntomas de disociación, la rabia, el miedo, la confusión entre la intimidad sexual emocional y la sumisión, el resentimiento concomitante y la devastación emocional, son elementos cotidianos que arruinan la salud y la vida de las sobrevivientes. Las problemáticas de salud mencionadas quedan truncas e inexplicadas desde las disciplinas de la biopolítica, o bien, quedan a merced de su relevo de posguerra: la sociedad fármaco-porno-tecnobio-política [32].

Desde el nivel institucional («exo»), las problemáticas producidas por la violencia de género son consideradas patrimonio exclusivo de las disciplinas médicas y por ello deben ser tratadas farmacológica o psíquicamente. Entonces, si la vida se torna insoportable la solución consiste en la administración de psicofármacos, en distraerse con alguna cosa o en ir de compras; si es mucha la ansiedad, entonces siempre está pronta la administración de una medicación más potente. Desde el sistema de salud es preciso dejar de lado intereses corporativos y diseñar estrategias que apunten a un abordaje integral de los condicionantes profundos de dichas problemáticas. La reducción disciplinaria de las consecuencias del sometimiento prolongado a la violencia de género, aun emocional y sin ningún evento de violencia física, contribuye al mantenimiento de las asimetrías de poder y al borrado de la responsabilidad de los agresores.

Los dispositivos para el tratamiento con hombres que ejercen violencia misógina están especificados en la *Ley de protección integral a las mujeres* [11]. Su objetivo es proteger tanto a las mujeres, a subjetividades feminizadas y a las familias sobre las que recaen las principales consecuencias de la violencia misógina. Por tanto, el objetivo final de las intervenciones no está puesto en quienes reciben tratamiento en los dispositivos,

sino en quienes se ven afectadas por el uso de poder abusivo que ellos ejercen. Tales dispositivos deben formar parte de un abordaje integral más amplio en coordinación con otros efectores, públicos y privados del sistema de salud y desarrollo social.

Modelos de intervención

Los modelos disciplinarios biopolíticos son insuficientes, tanto para explicar las determinaciones de la violencia misógina, como también para el diseño de estrategias de intervención. Como se ha expuesto en otro trabajo [2], el abordaje con modelos reduccionistas corre el riesgo de no comprender la realidad humana como un hecho concreto [35], ni de poder hacer intervenciones concretas.

Se reseñan en este apartado algunos aspectos de los modelos teóricos orientados a la intervención. Se remite desde luego a la bibliografía para mayor detalle.

El modelo de Walker, ciclo de la violencia, incorpora en su fundamentación una perspectiva que facilita reorganizar de manera enriquecedora y sistemática los aportes del feminismo acerca de la manipulación, el dominio y el control externo que sufren las mujeres. Desde allí que la conformación de redes sociales como un sistema de apoyo en la familia y los amigos sea fundamental, pudiendo esto último incluso ser tanto o más productivo que cualquier psicoterapia [36]. El modelo del ciclo comprende a la violencia de género como vivencia traumática inseparable de la dimensión temporal de su repetición [21]; el ciclo que plantea ha sido objeto de varias reconceptualizaciones, se toma como referencia la de Carrasco [9], que lo divide en seis fases y plantea puntos de entrada y, muy importante, de salida. La entrada al ciclo podría ser considerada la *luna de miel* al inicio de la relación; a la que continúa una fase de *acumulación de tensiones*; luego de lo cual se produce la *explosión*, con el ataque abusivo; a la que sigue la *reconciliación* o *arrepentimiento*; que pronto es relevada por la fase de *externalización de la culpa* (transferencia de la

culpa de toda la situación a la sobreviviente y recuperación del poder prestado en la fase de arrepentimiento), siendo esta fase el momento más propicio para producir una *salida del círculo abusivo* por parte de la sobreviviente.

El ciclo de la violencia se intersecta, con el modelo ecológico de Bronfenbrenner [7], el cual ha demostrado también ser adecuado para el abordaje de las violencias machistas. Permite abarcar desde cuestiones culturales, la dinámica social de partida, hasta las interacciones entre las personas, todo ello bajo el paradigma de interacción entre sistemas dinámicos. Dicho modelo permite considerar: a) la incidencia de los mandatos culturales, tradicionales e históricos a nivel macrosocial; b) las interacciones con las instituciones en su nivel «exo»; c) las interacciones en el nivel «meso» entre dos o más microsistemas en los que un sujeto se mueve con un cierto nivel de intimidad y, por último; d) las relaciones «micro» entre los sujetos y su familia, considerando a nivel individual las dimensiones psicodinámica, cognitiva, interaccional y comportamental. A las cuatro dimensiones ontológicas del nivel individual, puede agregarse, según experiencia, una quinta dimensión corporal, tan útil e importante para el trabajo como para el diagnóstico y que no necesariamente se encuentre incluida dentro de la psicodinámica.⁵ Heise ha destacado la importancia de una capa intermedia entre «exo» y «micro» denominada «meso» para representar el interjuego de diversos aspectos del entorno social inmediato de la sobreviviente, espacio en el que se articulan los dispositivos para intervenir en el seno de las relaciones entre varios microsistemas. Heise

⁵ Desde una crítica epistémica a la biopolítica puede pensarse que la sobrevaloración psíquica de las cuatro dimensiones ontológicas del nivel individual responde al dualismo que estructura toda la modernidad: *res cogitans/res extensa*. Esta dimensión corporal debe considerarse no desde la mónada moderna, sino mucho más desde topologías de avanzada de lo corporal, como la psicoanalítica o la de las civilizaciones mesoamericanas precolombinas, en donde el cuerpo no es una burbuja cerrada sino un vórtice de relacionamiento con el cosmos [27].

también destaca en particular, dentro del microsistema, la importancia de la historia personal [25] que puede pensarse desde el paradigma del curso de la vida, ya que el ecológico es un modelo de desarrollo.

También es el modelo por excelencia para discernir el funcionamiento, los logros y obstáculos a lo largo de la experiencia, forzando una perspectiva de apertura para analizar críticamente las influencias de los marcos institucionales («exo»), y cómo esas determinaciones convergen en los grupos de trabajo («meso»).

Respecto a los varones violentos, es necesario distinguir su tipo de perfil (hipercontrolados, cíclicos y psicopáticos) [14] ya que cada uno implica modalidades de acceso y de intervención distintas. En cuanto a los perfiles psicopáticos, estos no son admitidos en los grupos, no solo porque la experiencia demuestra que el alto riesgo de manipulación a la que son propensos puede dinamitar las interacciones grupales; sino también porque, debido a la escasa prevalencia de la afectividad y a la ausencia de empatía con el dolor de la otra persona, es prácticamente nulo el resultado que se puede obtener. En los perfiles hipercontrolados caracterizados, justamente, por el control conductual e interaccional; la dimensión psicodinámica o corporal puede constituir la vía de acceso para las intervenciones, focalizadas en lo que sienten, ubicándolos en situaciones que los confronten con su sentir opacado por la dimensión cognitiva y razonante y por el olvido del cuerpo, características que son, además, avaladas y ratificadas a nivel «exo» y «macro» por la socialización de género. Se trata de personas sumisas y complacientes con los terapeutas, pero cuyas estrategias de dominación de la sobreviviente se basan en técnicas de lavado de cerebro que atacan su identidad pasada, actual y su apoyo social. A estos sujetos se los puede encontrar o bien, distantes, con poca actividad; complacientes y condescendientes haciendo que su manipulación pase por la distancia y la frialdad, o bien,

activos, obsesivos con el control, minuciosos, perfeccionistas y dominantes. El aislamiento es una de las técnicas favoritas para devastar emocionalmente a la mujer y posicionarla en una situación de dependencia. Por su lado, los perfiles cíclicos, sobre los cuales se ha elaborado el ciclo de la violencia, suelen hablar de infidelidades de ellas (en cambio el psicopático la trata más bien de loca). En el perfil cíclico la acumulación de tensiones es manifiesta, lo cotidiano se constituye en repertorio de infinitos argumentos para culparla, el ataque es visible y en general se produce en corto plazo. Suele hacer explosiones intensas y de duración corta, de 2 a 48 horas, por su necesidad de resolución inmediata, luego de una explosión corta necesita ser perdonado y pasar a la siguiente fase de perdón y luna de miel [8]. Puede contar, muy arrepentidos, episodios de alta intensidad de violencia física, al mismo tiempo es el perfil que mejor responde al tratamiento.

La intersección estratégica de modelos como instrumento

Carrasco ha sistematizado en nuestro país el abordaje con varones violentos. En varias oportunidades [8, 9, 10] ha destacado la importancia, verificada en más de diez años de experiencia, de pensar la intersección de estos modelos como una caja de herramientas para el diagnóstico, el pronóstico, el tratamiento y la dinámica en los grupos. Analizar el momento del ciclo de la violencia en que está ubicada la pareja permite verificar cuáles dimensiones individuales están disponibles para las intervenciones y en cuáles es preferible no intervenir. Por ejemplo, la dimensión cognitiva del individuo privilegiada por la socialización de género masculina, se ve amplificada, inundada, en la fase de acumulación de tensión cuya expresión característica es la rumia mental, en esta etapa del ciclo la argumentación cognitiva con el varón no es el instrumento con que se puede proteger a la mujer mientras que las intervenciones en la dimensión conductual pueden ser más prolíficas: técnicas de

suspensión temporal, distracción cognitiva a fin de prevenir o desalentar las etapas de externalización de la culpa y una nueva explosión. En la fase de la luna de miel, el enamoramiento prevalece, la dimensión psicodinámica está inundada, por ello difícilmente se pueda cuestionar el amor y los sentimientos de enamoramiento omnipresentes en donde prima la certeza de afecto incontrolable. El amor romántico y todas sus ilusiones, elaborado en la modernidad occidental, colabora y legitima el moldeado de esta fase desde el nivel «exo» y «macro». Eventualmente en esta fase se puede acceder a la dimensión cognitiva como modo de prevención de la posible nueva recaída. En la fase de reconciliación, caracterizada en el varón por la inundación de la dimensión psicodinámica, la dimensión cognitiva y la relación con el cuerpo son la vía de acceso privilegiada.

Es preciso también hacer la intersección con el perfil de los sujetos para adaptar las estrategias de intervención.

Dificultades y obstáculos en la praxis

En la praxis resulta sumamente dificultoso modificar, desde el nivel micro-mesosocial, las actitudes, representaciones y conductas fuertemente legitimadas por los niveles más externos «exo» y «macro». Se reseñan a continuación algunas dificultades específicas para el tratamiento.

Las nuevas masculinidades: con esta expresión se hace referencia a una moda surgida recientemente en los círculos profesionales y en ciertas «cofradías» varoniles, como reacción al avance de las luchas feministas, asimilándolas (como siempre hace el sistema patriarcal), des-responsabilizando a los varones del ejercicio cotidiano de relaciones de poder y opresión. Constituye un ajuste estético de los discursos que logra asimilar, neutralizar y volver a esconder, de manera más oculta aun, lo que ponen en evidencia las luchas de mujeres y la crítica epistémica de la modernidad: las relaciones asimétricas de

dominación y el abuso de poder; que no son cuestionadas en absoluto por los discursos de las nuevas masculinidades [16]. Su resultado es un nuevo estereotipo de hombre «progre», «buen padre», no menos pernicioso que el de «buena madre», en donde a cambio de ceder un poco la comodidad de la vida cotidiana, se mantienen intactas las relaciones de poder.⁶ Las formas de encarnar y demostrar la masculinidad parecerían estar cambiando y, sin embargo, las consecuencias fatídicas del desequilibrio de poder parecen estar vivas como siempre [4]. Como moneda corriente en los grupos, los varones utilizan la información circulante a su favor y se identifican con estas nuevas masculinidades deconstruidas, repitiendo los discursos feministas en lo público, modificando conductas intrascendentes en la casa, pero manteniendo en lo privado los mismos mecanismos de manipulación devastadora y arrasadora de la subjetividad, pero ahora ayudan, cuando pueden, a lavar los platos o a bañar a los chicos. Tal como se expuso en otro espacio [1], la separación de lo público y lo privado permite a los varones salir airosos de sus conductas de abuso en la intimidad, tal como lo han develado las primeras feministas. El honor como el viejo campo público del «nuevo» varón, continúa siendo protagonista y no pierde su prestigio en las reflexiones. La competencia pública por el *honor* exalta y legitima la violencia y subsume a la mujer a una posición relativa al *honor* de algún varón (esposo, padre, hermano).

Otro punto («macro») que funciona como obstáculo a nivel cognitivo es la definición de masculinidad hegemónica a partir de sus

⁶ Esta consideración impactó el encuadre del trabajo en el dispositivo: en sus inicios el programa municipal, legitimando estas modas y formas de asimilacionismo, se llamaba *Construyendo nuevas masculinidades*, nombre que al poco tiempo de trabajo resultó absolutamente insostenible. El estudio de los feminismos latinoamericanos y los estudios de masculinidades llevó a cambiar el nombre por: *Destejiendo la masculinidad*, ya que de lo que se trata, lejos de construir una nueva masculinidad, es de destejer la mayor cantidad de tramas posibles del dispositivo de abuso de poder que es la masculinidad.

meros atributos. Así los varones rechazan en sus discursos el arquetipo, considerándose a sí mismos como distintos. Esto dificulta cuestionar las naturalizaciones opresivas que ejercen cotidianamente. El arquetipo genera un campo contra-identificadorio rechazable mediante el cual los «hombres modernos» dicen: *Yo no soy eso de la masculinidad hegemónica, padre dador, machista, violento, potente, fuerte, etc. Yo acompaño a mis hijos a la escuela, soy comprensivo, le «ayudo» a «mi» señora en la casa, etc.* Estas declaraciones se elevan en el trabajo cotidiano como una muralla que impide evidenciar las dinámicas profundas de poder que ejercen en lo privado, gracias a las justificaciones sociales que las legitiman: *Yo la ayudo a decidir porque ella es muy insegura. De esto no sabe, por eso lo hago yo. Yo soy muy comprensivo, me enoja cuando ella hace gastos inútiles, porque si no la plata no alcanza. Le tengo que explicar porque ella no sabe, pero ella sabe que es por su bien y que yo no soy agresivo, etc.*

Nancy Hartsock [citada por 24] al referirse a la *masculinidad abstracta* y discursiva se podría agregar, establece con claridad cuál es el punto a trabajar: en los grupos es preciso pasar de la masculinidad abstracta a una concreta sobre la que se pueda intervenir *in situ*. Es lo que se podría llamar una *masculinidad de transferencia*, de manera de poder «destejer», u horadar la masculinidad a lo largo del proceso *in praesentia*. Una estrategia provechosa, para saltar las trampas cognitivas de los discursos de moda, es la apelación a la dimensión afectiva y corporal a partir de técnicas de improvisaciones guiadas, que alternativamente llevan a los varones a sufrir en el cuerpo los abusos de poder que implican sus conductas más «normales» y cotidianas hacia las parejas. En el libreto se construyen personajes comunes tomando los deseos, aspiraciones, ganas de realizarse, celos, etc. que los varones enarbolan permanentemente para sí mismos, pero que en general les cuesta ver en la mujer. Cuando protagonizan una escena en donde ocupan

el lugar de la mujer, sienten en el cuerpo y afectivamente el avasallamiento de poder, lo que a lo largo del trabajo va generando progresivos impactos con vistas a la reflexión crítica y a la conmoción de sus posiciones. Dichos afectos y sensaciones corporales se comparten inmediatamente en el grupo para hacer recircular dialécticamente las identificaciones que se ponen en juego, tanto en los protagonistas, como en el público, oscilantes entre el varón que está ejerciendo el poder y el que está representando a una mujer en sus relaciones de pareja. Las improvisaciones guiadas son un pequeño laboratorio en donde se ponen en escena todos los niveles y dimensiones del modelo ecológico. Aparecen los prejuicios, estereotipos de género, condicionamientos individuales para trabajar sobre ellos en el aquí y ahora, desde la dimensión psicodinámica y corporal. En los comentarios surgen importantes elucidaciones de eventos condicionantes del curso de la vida de los participantes. Todo ello es insumo para sentir, trabajar, analizar críticamente y relanzar la dinámica de grupo. Es importante destacar que la relación entre el daño y dolor que puede sufrirse desde un lugar de poder, por mínimo que sea, es inconmensurable respecto del dolor y el daño pasible de sufrirse desde un lugar como la «femineidad» o las diversidades sexo-genéricas, en las que se hace patente el desempoderamiento y la multiplicación de opresiones [12]. En el abordaje se hace complejo conciliar esta opresión sufrida por los mismos varones con la opresión que ejercen sobre «sus» familias. Implica un obstáculo doble, por un lado no caer en la tentación naturalizada socialmente de justificar la violencia y por el otro las posibilidades mismas de intervención para la protección de las mujeres.

El trabajo en los dispositivos

El poder y la exigencia de la socialización de género: el uso del poder por parte de los varones es uno de los aspectos iniciales del trabajo. Se diseñan experiencias que pongan en primer plano esta cuestión y al mismo tiempo permitan, en el seno de la

ficción artificial de la masculinidad grupal, «sentir» ese abuso sobre el cuerpo propio. El objetivo es que el varón no solo ubique en su cuerpo las consecuencias del abuso de poder, sino que también se pongan en evidencia las exigencias que la socialización de género le adjudica como «hombre», recuperando los afectos y la corporalidad que le son excluidos. A partir de la reflexión crítica y las experiencias de ficción se va desnaturalizando, visibilizando y experimentando el peso de esta exigencia, para luego cuestionarla, lo que genera un sorprendente alivio psíquico. El varón en la sociedad patriarcal, además de ser el que abusa, el que viola, debe responder por su «honor» cuidando a su familia, siendo el principal proveedor de las necesidades, protegiendo y teniendo a su mujer como suya propia y de nadie más. Esto también es sufrido silenciosamente sobre todo en la situación de marginalidad económica en que se encuentra gran parte de los integrantes de los dispositivos. A manera de ejemplo, una actividad que realizamos para el des-condicionamiento cognitivo, es la siguiente: pegamos un gran cartel con la frase: *Acá se puede no poder*, (dicha por uno de los integrantes tempranamente). Una y otra vez se vuelve a este aspecto de la masculinidad y su cuestionamiento. Muchos participantes sienten un cierto alivio que les permite ubicarse en otra situación respecto de sus futuras parejas o frente a la vida. El ejercicio de la masculinidad tiene privilegios y beneficios, pero también algunos graves costos. Típica y paradójicamente los «varones deconstruidos» con los que se trabaja, mantienen por mucho tiempo la concepción de ser los únicos responsables en el mantenimiento de la familia, si se sienten mal se automedican y salen a trabajar, son incapaces de hacer una consulta en el sistema de salud hasta que las patologías se hicieron ya insoportables y sienten como frustración irremontable cada golpe que la sociedad les da (cuando son despedidos, o no encuentran trabajo, o no tienen changas para hacer y llevar alimento a la casa). Estas mismas características, (aunque sin coincidir exactamente

respecto a la extracción social de los integrantes de los grupos) ha encontrado Carrasco en los varones de sus dispositivos de la Ciudad de Buenos Aires (CABA) como rasgos de la masculinidad: restricción de expresar conductas afectivas y sociales, asunción de conductas de control, de ejercicio de poder y de sometimiento junto con grandes dificultades para el cuidado de su salud, imposibilidad de asumir conductas de autocuidado y de cuidado a los otros, imposibilidad de asumir cualquier tipo de conducta de cuidado [8]. Se trata de algo difícil de modificar: solo algunos de los participantes que han estado un mínimo de entre ocho meses a un año en los dispositivos han producido una leve modificación en este aspecto. *Acá se puede no poder* es una convocatoria a cuestionar la omnipotencia que la socialización de género reserva exclusivamente a quien se identifique como varón.

El grupo como regulador: el grupo se constituye tempranamente como regulador de los miembros: el trabajo en el dispositivo se continúa mediante un grupo de Whatsapp que contribuye a «autoregular» a los miembros cuando se ven excedidos en su vida cotidiana. El grupo posibilita una deslegitimación de la violencia y una legitimación alternativa de otros modos de resolver los conflictos a partir de las herramientas construidas para oponer o cuestionar los mandatos de la socialización de género.

Entronque de patriarcados y victimización del opresor: algunas autoras latinoamericanas, más específicamente bolivianas, se han preguntado acerca de la existencia o no de un patriarcado prehispánico. Al respecto Paredes considera que efectivamente lo hubo y denomina «entronque patriarcal» [30] a la suerte de complicidad que se produjo entre las asimetrías entre mujeres y varones en las civilizaciones prehispánicas y el patriarcado europeo moderno, cuya consecuencia fue empeorar las desigualdades de las civilizaciones originarias, multiplicando los vectores de opresión. Dado que en los grupos

se evidencia una reproducción amenguada de esta situación, es inevitable abordar de qué manera se efectiviza la multiplicidad de opresiones. La mayoría de las personas que llegan al dispositivo pertenecen a la población vulnerada y oprimida interseccionalmente en cuestiones económicas, laborales y étnicas. Se detecta, tal como los feminismos descoloniales develan, un ejercicio transitivo de la dominación y la vulneración: vivir al día, habitar una casa con deficiencias habitacionales, someterse diariamente a la opresión de trabajos no calificados y muy mal remunerados, tener insatisfechas necesidades alimentarias propias como también las necesidades básicas de los hijos, son figuras recurrentes que surgen de los relatos de los asistentes. La interseccionalidad, más que un concepto teórico, alude al modo en que se intersecan inextricable y localmente las opresiones [12]. Desde la visión de la colonialidad/modernidad, se entiende esta «opresión que oprime» como el resultado de una complicidad entre varones, una violencia intra-género que se pone en juego en la sociedad.

La supervisión como resguardo emocional del equipo y garantía de trabajo: imprescindibles para la realización del trabajo en el dispositivo son las supervisiones con profesionales de mayor experiencia. El costo psíquico y el desgaste emocional de trabajar con varones especialmente inclinados a la manipulación es muy elevado. Desgaste y agotamiento que se produce ya desde las entrevistas de admisión, dado que es preciso estar muy alerta ante la habilidad de estas personas para la manipulación y la toma del poder. El objetivo de tales entrevistas, además de conocer a los postulantes, es pasar del no registro de la violencia, del enojo que presentan al comienzo, a una construcción posible de demanda delimitada por las condiciones del encuadre. Esta demanda es fundamental para el trabajo en el dispositivo. Los maltratos, manejos y manipulación del encuadre, si no son detectados, producen en los coordinadores efectos adversos, incluso a identificaciones involuntarias

con los agresores. Esto ocasiona desde un fuerte dolor psíquico, frustración e impotencia hasta actitudes violentas difíciles de ver dentro del equipo mismo y en las familias. En el caso que analizamos en este trabajo, las supervisiones fueron realizadas durante el último año por dos profesionales de la Red de Equipos de Trabajo y Estudio en Masculinidades (RETEM), resultando fundamentales no solo para el resguardo psíquico-emocional de los profesionales, sino para evidenciar las dificultades que esta afectación emocional produce en las intervenciones.⁷

Avances respecto de los resultados del trabajo realizado

En la corta historia del programa (tres años) en el Municipio de la Ciudad de Campana, pueden verificarse de manera global resultados cualitativos y cuantitativos equivalentes a los planteados por trabajos recientes. La investigación realizada en la Ciudad de Buenos Aires (CABA) por el Ministerio Público Fiscal da cuenta de qué más del 75% de los asistentes a estos dispositivos no registraron nuevas denuncias [28]. En experiencias similares en la región se especifican cambios cualitativos en las diferentes áreas del modelo ecológico tal como se pueden leer en el apartado 5.8 del trabajo realizado por la Gendarmería de Chile [29]. El estudio de Echauri Tijeras, en España, muestra una tasa del 34% de éxito y un 51% de mejoría [15]. La investigación de Carrasco en su análisis sistemático de dispositivos en CABA [8]; da cuenta de que, cuando los varones han asistido un año o más, aun cuando han sido obligados en un comienzo por el Poder Judicial, tanto en sus manifestaciones, pero, sobre todo, de acuerdo a los monitoreos con las parejas, logran modificar muchas de sus

⁷ Valga un enorme agradecimiento a nuestras supervisoras de la RETEM, Patricia Ferrarotti y Stella Maris García que nos han permitido crecer como equipo, llevar adelante esta tarea y sobrevivir, supervisiones llevadas a cabo por la red durante el último año y medio sin costo, se trata de un gran proyecto cuyo objetivo es contener, consolidar los equipos y garantizar sus intervenciones en un marco pospandemia.

actitudes y conductas privadas y públicas. Criterios similares de un mínimo de un año para que el tratamiento sea efectivo son enunciados en el estudio de Arce [3]. Si bien resta en el área hacer una sistematización con un criterio unificado, convencionalmente adoptada, para evaluar los resultados de los programas de manera transversal, es posible identificar mejorías como consecuencia de la participación regular en los dispositivos.

Discusión y conclusiones

Interpretaciones respecto de los resultados mencionados

Los dispositivos generan una oportunidad de escucha que de otra manera sería impensable en el seno de la masculinidad como dispositivo maquinal de dominación. A pesar de lo que patriarcado dictamina, o lo que el orden de género asigna, se encuentra más de una persona que siente el pesado costo que dicha construcción social ha tenido sobre ella. Una manifestación de lo anterior es la sorpresa de los participantes al estar hablando y reflexionando sobre estas cosas con otros varones. Si bien se reproducen en el seno del dispositivo estereotipos de rivalidad imaginaria y dominación social, (que quienes coordinan deben regular y devolver la dialéctica a la dinámica); es también muy frecuente, que los participantes soliciten quedarse en los dispositivos luego de finalizadas las cautelares y pautas de conducta obligatorias. Esto debe entenderse en relación con las escasísimas oportunidades que la sociedad patriarcal brinda al varón para dejarse interpelar por los otros, para dialogar y conectarse con su cuerpo y sus sentimientos. Muchos afirman una y otra vez que nunca habían pensado que se podía hablar de estas cosas o de esta manera con otros varones. Esta actitud, sin embargo, no siempre se condice directamente con un cambio de la misma magnitud en las actitudes con la pareja. En algunos casos con la incorporación al grupo se producen cambios más o menos inmediatos en el control de los episodios, como efecto de la profunda des-legitimación grupal de la violencia que se de realiza en las

dinámicas grupales, sin embargo un cambio profundo de posición, una renuncia a los privilegios, una entrega de poder y una toma en consideración de las parejas, requiere como mínimo un año de trabajo. Tal es así que, algunos de los varones ha podido contar el episodio que ocasionó la denuncia recién un año después, habiendo de entrada rechazado con todo tipo de argumentos la obligación de asistir al programa y su responsabilidad sobre los sucesos.

La reconstrucción de la responsabilidad sobre los episodios requiere mucho tiempo, es preciso «destejer» las tramas de los mandatos de género en el seno del tratamiento. Para gran parte de los participantes se trata, más que de abusos de poder, de conductas completamente normales *propias de toda pareja*, tal como suelen decir al iniciar sus entrevistas los nuevos postulantes. En la mayoría de los casos se produce una desnaturalización en el discurso de las conductas violentas luego de unos pocos meses de permanencia en el dispositivo, que sin embargo, no se condice prácticamente con ningún cambio a nivel privado. La dimensión cognitiva permanece largo tiempo escindida de las otras dimensiones: mientras en los discursos públicos afirman una cosa, en la intimidad permanecen sin cambios. Esto puede producir una gran frustración para los equipos, porque parecería que todo va bien dado que los varones toman prestado el discurso, pero de manera inesperada o en los monitoreos aparece la realidad de lo privado. La visión cortoplacista que se propicia desde el nivel «exo», resulta inútil. Es más, legítima una actitud que refleja la etapa de reconciliación del ciclo de la violencia. Durante la reconciliación los varones manifiestan un fuerte convencimiento de querer cambiar, asisten a todos los lugares que se les indica, parecería ser un nuevo hombre, que ha cambiado, pero ello funciona por un corto período luego del cual, si no ha recibido ayuda, comienza la rumia mental de la etapa de aumento de tensión, seguida por la fase externalización de la culpa que legitima la próxima explosión, «motivada» por actitudes de ella.

También es necesaria constancia y permanencia en el programa para lograr el incremento de la capacidad de empatía con las sobrevivientes y el considerarlas como personas de pleno derecho. Para ello se requiere «destejer» toda una trama de objetivización y apropiación histórica de las mujeres y subjetividades feminizadas muy consolidada por el dispositivo de dominación de género de la modernidad/colonialidad, puesto al servicio de la reproducción o de la fuerza de trabajo. La socialización de género no admite en el varón la consideración de los demás en igualdad de condiciones, mucho menos de la mujer o la familia, con los que se comporta como si fuesen objetos de su exclusiva propiedad. Esta consideración se encuentra fuertemente reprimida detrás de actitudes que se sobreentienden como «normales»: manifestadas desde expresiones simples como *mi mujer, mi familia, mi hija*, a otras que lo ubican como el único que importa, *justo hoy que yo tenía ganas de estar con vos te vas a ver a tu mamá; siempre hacés lo mismo cuando yo tengo algo importante que hacer; que tenés que hacer con tu mamá, tu familia es ésta, acá con tus hijos; no podés estar todo el día en la calle, le estás haciendo mal a tus hijos, tenés que estar acá presente*, son expresiones comunes que dan cuenta de que lo único que importa es la propia subjetividad del varón y la propiedad de sus objetos. En línea con esto, son significativas las frases que surgieron en los grupos al trabajar el uso de «mi» para presentar a la pareja: *¿Y si no la presento como mi mujer como van a saber quién es?* que expresa que ella no es por sí misma, sino relativa a él; o *Nunca se me ocurrió que no era de mi propiedad*. A nivel «macro» se promueve cierta empatía y consideración de la subjetividad de la mujer, apoyada por los resultados de las luchas de mujeres, con lo cual al entrar en consonancia el nivel «micro», hay una mayor apertura en los varones a realizar cambios, pero aun así les lleva varios meses estar cómodos con ellos.

Una solución factible y confirmada para la protección integral: el trabajo grupal en dispo-

sitivos psico-socio-educativos de varones es una solución viable y confirmada por la experiencia para disminuir y, en muchos casos eliminar, las situaciones de violencia doméstica en las que sus participantes están involucrados. Aun siendo derivados obligatoriamente como pauta de conducta por los juzgados, cuando el trabajo de construcción de la demanda se logra, los sujetos modifican sus conductas violentas y su visión de las relaciones de pareja. Estos dispositivos constituyen una alternativa valiosa a los intentos meramente punitivos (por ejemplo, el encarcelamiento) de resolver esta cuestión. El trabajo con varones que ejercen violencia hacia la pareja es una práctica compleja en virtud de las múltiples determinaciones que motivan el comportamiento violento. A lo largo de los últimos 12 años, este tipo de trabajo en dispositivos se viene extendiendo progresivamente en el país y la región, pero aún hay mucho trabajo por hacer para la sistematización de las estrategias de abordaje y la homogeneización de los criterios de evaluación y seguimiento.

Palabras finales y el trabajo por venir

Se han tomado algunos ejemplos paradigmáticos de la práctica clínica del trabajo con varones que ejercen violencia de género, a fin de poder dar cuenta de la complejidad de las determinaciones que se ponen en juego en esta problemática. Se requiere de la construcción de un marco de trabajo e intervención común a partir de la psicología en sus diversas ramas, como la psicología social y disciplinas como la sociología, la epistemología, el teatro, el psicodrama, el trabajo social, las ciencias de la comunicación entre otras. Los modelos reseñados, manifiestan ser un modo apto para la definición de estrategias e intervenciones que no desestimen los aportes de cada disciplina [9] ni los condicionamientos de los sucesivos niveles. La intersección de dichos modelos funciona como brújula de las intervenciones.

Lejos de constituir una técnica, el uso de dichos modelos en un marco común, constituye una

orientación para entender la realidad compleja de la violencia de género, establecer vectores, evaluar riesgos y definir estrategias de intervención, con miras a un abordaje transdisciplinario de la problemática en su complejidad.

La legitimación de la violencia de género reforzada fuertemente desde los niveles «exo» y «macro» coloca en una encrucijada a los profesionales y programas que intentan un abordaje integral que garantice la protección de las mujeres y subjetividades feminizadas. La crítica epistémica de los feminismos latinoamericanos ubica los lugares de enunciación que subyacen a formulaciones disciplinarias pretendidamente objetivas que reproducen el sistema de dominación de género.

Los estudios relevados verifican que una permanencia de unos pocos meses o la falta del compromiso y la regularidad impiden el logro de cambios efectivos, obteniendo a lo sumo una suspensión temporaria de los episodios violentos graves por incidencia de la ley o de terceros. Esto es un punto importante frente a la demanda de soluciones rápidas e inmediatas. Las necesidades del sistema de salud y del judicial, la escasez de recursos y la medicalización de la vida hacen que prime una visión cortoplacista, de respuesta rápida que no garantiza la protección de las sobrevivientes ni la permanencia de los agresores en los dispositivos. La búsqueda de una solución rápida solo opera como creencia tranquilizadora en las conciencias de los derivantes, pero no garantiza ninguna protección ni cambio detectable. La institución judicial frecuentemente realiza una pretendida acción perentoria, dilatoria de respuestas asertivas, sin disminución ni erradicación del riesgo para la mujer. Los defensores, sin tener idea de lo que se realiza en los programas, envían a sus defendidos para que obtengan un mero certificado para mostrarle al juez que su defendido «no es tan malo» y que está intentando cambiar. Este es otro modo de replicar a nivel exosistema, el ciclo de la violencia, ya

que es una de las triquiñuelas utilizadas por el agresor en la fase de reconciliación para volver a recuperar el amor mostrando arrepentimiento y deseos de cambio, hasta que esa cesión temporaria de poder se le hace insostenible y se exterioriza la verdadera intención, que es recuperar todo el poder que perdió como consecuencia de la explosión.

Es preciso que el Poder Judicial comprenda que la asistencia durante períodos breves solo es una solución ilusoria: el varón adquiere un certificado institucional de cumplimiento validando la ilusión de cambio legitimado por terceros, sin modificar en nada sus actitudes pero que expone como justificación: *tiene un certificado de buena conducta emitido por profesionales.*

Entender a la masculinidad como sistema de dominación permite entablar una crítica de la opresión de género racializada, colonial, capitalista y heterosexualista, aportando para una transformación vivida de lo social; enfocando a los resortes subjetivos e intersubjetivos de la agencia de las mujeres colonizadas para «destejer» la masculinidad como dispositivo de poder.

El sistema de salud estará en deuda hasta tanto no sistematice la atención de las mujeres, cuestione sus procesos de victimización y reconozca sus fallas diagnósticas. También estará en deuda con las sociedad mientras ofrezca a los hombres pequeños entornos en donde enunciar su violencia, pero sin aportarles mecanismos de desactivación y reconversión de estas modalidades violentas a largo plazo. No se podrá hacer un abordaje integral de salud si se desconoce el origen del problema y si no se identifica la necesidad de las transformaciones antipatriarcales [8]. En síntesis, el sistema estará en deuda en tanto no tome a la violencia como un producto de una trama de determinaciones cuyos hilos atraviesan todos los niveles del modelo ecológico y que requieren ser modificados en esa variedad de niveles.

Otra deuda del sistema de salud lo constituye su demora en el momento de intervención en las problemáticas de violencia: lo hace cuando ya están presentes las consecuencias de la violencia misógina crónica a lo largo de muchos años. Otra deuda es su focalización y justificación de gastos en los presupuestos de asistencia, por sobre la inversión en promoción de la salud. El sistema de salud debe considerar la posibilidad de adelantarse a los daños severos en la salud de la población a causa de la violencia de género, allí es donde el concepto de integralidad y transversalidad de la promoción de la salud se pone en juego. Debe fortalecer los niveles de alerta de los distintos actores sociales del área y promover la detección temprana, ampliando el campo de indagación. Debe promover procesos de anam-

nesis con vistas a la responsabilidad de los agresores, aprovechando la experiencia de las entrevistas diagnósticas; invirtiendo la fenomenología de la externalización de la culpa tomando conciencia de que es posible cuestionar las conductas del ámbito privado de poder desde el ámbito público del sistema de salud [8].

Es fundamental el trabajo articulado de las áreas de salud y de desarrollo social para establecer programas preventivos de la violencia ya en el noviazgo o cuestionar el modelo de amor romántico, que permitan destejer de antemano o, al menos, detectar rápidamente lo que luego se constituirá en años de dolor, tortura, avasallamiento de la subjetividad y la vida de las sobrevivientes, tal como lo demuestran las estadísticas.

Referencias

1. Acciardi M. Amor, Honor, Caballerosidad, nombres románticos de la violencia. En: Asociación Argentina de Salud Mental. Salud Pública y Salud Mental [libro digital]. Buenos Aires: Asociación Argentina de Salud Mental; 2020. p. 183.
2. Acciardi M. Violencia de género ¿El síntoma de la época?: Bases teórico-epistemológicas del dispositivo: "Construyendo nuevas masculinidades" de la Ciudad de Campana. Actas del XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología; 27 al 29 de noviembre de 2019. Buenos Aires: Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires; 2019.
3. Arce R, Fariña F. Programa Galicia de reeducación para maltratadores de género. Anu Psicol Juríd. 2006; 16:41-64.
4. Aspiazu Carballo J. Masculinidades y feminismo, Barcelona: Virus Editorial; 2007. Disponible en: <https://www.viruseditorial.net/paginas/pdf.php?pdf=masculinidades-y-feminismo.pdf>
5. Badinter E. ¿Existe el instinto maternal?: historia del amor maternal. Siglos XVII al XX. Barcelona: Paidós-Pomaire; 1981.
6. Bourdieu P. La dominación masculina. Barcelona: Anagrama; 2000.
7. Bronfenbrenner U. La ecología del desarrollo humano. Barcelona: Paidós Ibérica; 1987.
8. Carrasco LM. Abordaje de las Violencias de Género desde las Obras Sociales. La experiencia ObSBA y su aporte al sistema de Salud [Tesis]. Luján,BA: Universidad Nacional de Luján (UNLU); 2021.
9. Carrasco LM. Dinámica cíclica abusiva. Herramientas de intervención desde un enfoque integrativo: Intersección de la dinámica cíclica abusiva con las dimensiones singulares del modelo ecológico. Actas del 1er. Congreso Internacional: Revisiones críticas sobre experiencias de intervención con hombres que ejercen violencia contra las parejas y sus familias. Conferencia, 9 de noviembre de 2018. México DC: Universidad Autónoma de México
10. Carrasco LM. Implicancias del tratamiento para varones con comportamientos violentos en la garantía de Derechos de las mujeres. Revista Jurídica de La Universidad de Palermo. 2015;14(2):231-40. Disponible en: https://www.palermo.edu/derecho/revista_juridica/pub-14/Revista_Juridica_Ano14-N2_11.pdf
11. Congreso de la Nación Argentina. Ley de pro-

- tección integral a las mujeres. Ley 26.485. Buenos Aires: Boletín Oficial de la República argentina; 14 de abril, 2009 Disponible en: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/vcrNorma.do?id=152155>
12. Curiel O. Feminismo decolonial. Prácticas Políticas Transformadoras [Conferencia]. Granada: Centro de Iniciativas de Cooperación al Desarrollo. Universidad de Granada; 2017. Disponible en <http://cicode.ugr.es/pages/galeria/el-feminismo-decolonial-latinoamericano-y-caribeao-aportes-para-las-practicas-politicas-transformadoras-ochy-curiel>
 13. De Lauretis T. The Technology of Gender. In: Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction. Indiana: Indiana University Press; 1987. p. 1-30.
 14. Dutton D, Golant S. El golpeador: un perfil psicológico. Buenos Aires: Paidós; 1997.
 15. Echauri Tijeras JA, Fernández-Montalvo J, María Martínez M, Azkarate JM. Effectiveness of a treatment programme for immigrants who committed gender-based violence against their partners. *Psicothema*. 2013;25(1):49-54
 16. Fabbri L. Investigación feminista desde y contra la masculinidad. Hacia una epistemología anti-masculinista, [material de cátedra]. Buenos Aires: Cátedra de Filosofía Feminista, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; 2019.
 17. Foucault M. Sécurité, territoire et population (1977-1978). En *Dits et écrits II: 1977-1978*. pp. 729-723. Paris: Gallimard. 2012
 18. Freud S. La feminidad. En: *Obras Completas*, vol 22. Buenos Aires: Amorrotu; 1976. p.104-135.
 19. García R. Sistemas Complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria. Barcelona: Gedisa. 2006
 20. Garda Salas R. Manual de Técnicas para Sensibilización sobre Masculinidades y Violencia Masculina. México DC: Instituto Aguascalentense de las Mujeres (IAM); 2008.
 21. Garriga Puerto A, García-Sancho JCM, coordinadores. Guía Práctica Clínica. Actuación en salud mental con mujeres maltratadas por su pareja. Murcia: Servicio Murciano de Salud; 2010. Disponible en: https://portal.guiasalud.es/wp-content/uploads/2018/12/GPC_470_maltratadas_compl.pdf
 22. Giere RN. Scientific perspectivism. Chicago, IL: University of Chicago Press, 2010.
 23. Gomez Correal DM. Feminismo y modernidad/colonialidad: entre retos de mundos posibles y otras palabras. En: Espinosa Miñoso Y, Gómez Correal D, Ochoa Muñoz K, editoras. *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca; 2014. p. 353-370.
 24. Haraway DJ. Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinvención de la naturaleza. Valencia: Universitat de València; 1995.
 25. Heise LL. Violence against women: An integrated, ecological framework. *Violence Against Women*. 1998;4(3): 263-265. PMID: 12296014 DOI: 10.1177/1077801298004003002
 26. Lugones M. Toward a Decolonial Feminism. *Hypatia*. 2010;25(4):742-59. DOI: 10.1111/j.1527-2001.2010.01137.x
 27. Marcos S. Taken from de lips: gender and eros in mesoamerican religions. In: Engler S, Gooren H, Rocha C, editors *Religion in the Americas*. Vol 5. Boston: Brill Academic; 2006.
 28. Ministerio Público Fiscal de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Oficina de planificación de políticas de géneros y diversidades, Secretaría general de política criminal y asistencia a la víctima. *Reiteración de conductas violentas de varones que asistieron a dispositivos de trabajo en violencia de género*. Buenos Aires: Ministerio Público Fiscal; 2022
 29. Morales Peillard AM, Muñoz Correa N, Trujillo Carrasco ML, Hurtado Bunster MT, Cárcamo Cáceres J; Torres Vallejos J. Los programas de intervención con hombres que ejercen violencia contra su pareja mujer. *Fundamentos teórico-criminológicos, evidencia internacional de su efectividad y evaluación de impacto de un programa en Chile*. Santiago de Chile: Fundación Paz Ciudadana y Gendarmería de Chile; 2013.
 30. Paredes J, Comunidad Mujeres Creando. *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. La Paz: Mujeres Creando y Asociación Centro de Defensa de la Cultura (CEDEC); 2008.
 31. Preciado B. Basura y género. *Mear/cagar. Masculino/femenino*. Errancia, la palabra

- inconclusa. 2011;0. Disponible en:
<https://www.iztacala.unam.mx/errancia/v0/PDFS/POLIETICAS%20DEL%20CUERPO%20%20BASURA%20Y%20GENERO.pdf>
32. Preciado PB. Testo yonqui. Sexo, drogas y biopolítica. Barcelona: Anagrama; 2020.
33. Romano, Marcelo. Por qué, para qué y cómo intervenir con varones que ejercen violencia de género. En: Payarola Mario, comp. Intervenciones en violencia masculina. Buenos Aires: Dunken; 2019. p. 23-55
34. Van Geert P. The Dynamics of General Developmental Mechanisms: From Piaget and Vygotsky to Dynamic Systems Models. *Curr Dir Psychol Sci.* 2000;9(2):64-8. DOI: 10.1111/1467-8721.00062
35. Vygotskii LS. Pensamiento y habla. Buenos Aires: Colihue; 2007
36. Walker LE. The battered woman. New York: Harper & Row; 1979.